

Estrecharte en mis brazos quisiera
 En mi lóca ansiedad de poeta,
 Y subir de planeta en planeta
 A la excelsa mansión de Jehová;
 Y allí entónces rogarle de hinojos,
 Miéntras tú desmayada en mis brazos,
 Que propicio bendiga los lazos
 Del amor que me quieres negar.

Francisco Sosa,

MARIA.

A MI QUERIDO AMIGO PEDRO CASTERA.

Existe un sér á cuya voz divina
 Palpita el corazón estremecido,
 Cuya mirada angelical fascina,
 De faz de querubín, de talle erguido;
 Hechicera ella es y peregrina
 Como la diosa del Edén perdido;
 Mas dulce que el rumor que entre las flores
 Forma el aura al robarles sus olores.

Tan hermosa ella es cual la que asoma
 En noche clara, misteriosa luna,
 Y en su mirar de cándida paloma
 Hay un augurio de feliz fortuna;
 Allí en su lábio el delicado aroma
 Y el tinte de la flor, cual nadie aduna

Y es el acento de su voz tan suave
Como el amante querellar del ave.

Las frases de su lábio, deliciosas
Son, cual las gotas de la miel hiblea;
Con sus tiernas miradas cariñosas
Mi pecho enamorado se recrea;
Las horas á su lado venturosas
Es lo que sólo el corazón desea,
Que en vano el alma disfrutar querría
En el mundo más plácida alegría.

¿No has visto en noches del tranquilo Enero
La faz radiante de la blanca luna,
Sin que su brillo del amor venero,
Velase con sus sombras, importuna,
La opaca nube en su volar ligero,
Y la llamaste bella cual ninguna?
Pues más preciada que tan gran tesoro
Es la beldad que con delirio adoro.

Es más hermosa que la rubia aurora
Que baña con su luz resplandeciente
El vasto mundo y las campiñas dora;
De encantos y de amor preciosa fuente,
Como á ninguna el corazón adora
Y encuentra la ventura en su corriente
Que nunca el soplo del dolor empañía
Y el triste erial de mi existencia baña.

De este suelo ella es la peregrina
Arrogante beldad de lindos ojos,
Más pura que la estrella diamantina;
Ella es del alma quien mitiga enojos
Con el acento de la voz divina
Que emite dulce con sus labios rojos;
Ella es la causa de mi amante cuita,
Por ella sólo el corazón palpita.

El ángel es que sueño desde niño,
Bajado en rayos de la blanca luna
Con el divo ropaje del armiño,
Mensajero de paz y de fortuna,
Para inspirarme celestial cariño
Ornada de belleza cual ninguna,
Y pura cual la luz de los altares
Del Señor de la tierra y de los mares.

Pues este sér más tierno que el arrullo
De la hechicera y cándida paloma
O del arroyo nítido el murmullo,
Cuando entre flores el camino toma,
Llena de amor: *mi corazón es tuyo*
Una noche mé juró; entre el aroma
De su divino perfumado aliento
Hasta mi alma llegó su juramento.

¿Nunca has mirado trás la noche oscura
El sol resplandecer de un bello día,

Y aumentar con su brillo la hermosura
 De aquellas plantas que en la noche umbría
 El abrego azotó; y á la amargura
 Suceder el placer y la alegría,
 Y al contemplar tan rápida mudanza
 Alentar en tú pecho la esperanza?

Así yo, triste, por el mundo, incierto,
 La noche del dolor me amedrentaba
 Y en vano errante por hallar un huerto
 En medio á las tinieblas caminaba;
 Náufrago débil que anhelaba un puerto
 Y el faro de ese puerto no encontraba,
 Eran las horas de mi amarga vida
 Lamento horrible de mi fé perdida.

Mas quiso el cielo que trás tanta pena
 El astro de ventura deslumbrase,
 Y una voz melodiosa, de sirena,
 Hasta mi herido corazón llegase;
 Una voz celestial de hechizo llena
 A cuyo acento el alma se complace;
 Esa es la voz de la adorada mía
 De mi amor, de mi bien, de mi María.

JOSE MONROY.

—
 AISLAMIENTO.
 —

Yo nací para amar y ser amado,
 Mas ay! abandonado
 Del mundo vivo yo.
 Será, tal vez, porque la suerte esquiva
 Fortuna fugitiva,
 Avara me negó?

En la alba de mi vida he conocido
 La pena del olvido,
 El aislamiento cruel,
 Mis lágrimas á solas derramando
 La tierra voy cruzando
 Y, sólo, moriré.

En vano en la jornada, en vano quiero
 El dolor compañero
 De mi lado alejar,

Amar y ser amado quiero en vano,
Nadie me llama hermano,
Quien me comprenda no hay.

En mi camino marchó sin aliento
Llorando mi aislamiento
Sin dicha ni quietud.
Los que amo no comprenden mi ternura,
Y el astro de ventura
Jamás me dió su luz.

Venid! no me dejéis en el olvido,
Tan sólo amor os pido,
Amor del corazón.
Venid! tomad mi mano en vuestra mano,
Amadme como hermano
Que vuestro hermano soy.

En el humilde hogar de mis amores
A sólo mis dolores
Me matan sin piedad;
La cuna de mis hijos inocentes
Con lágrimas ardientes
Yo riego sin cesar.

Por qué de mi dolor no hay un testigo.
Un corazón amigo
Que endulce mi sufrir?

Por qué me niega despiadado, el cielo
El plácido consuelo
De que lloren por mí?

Ay Dios! soy un proscrito sin fortuna,
Sin esperaza alguna
Condenado á llorar,
Desde niño la pena me acompaña
Y el corazón me engaña,
Para mí no habrá paz.

Mas cuantos como yo sobre la tierra
Irán en cruda guerra
Cruzando sin placer!
Cuántos sin esperanza, sin consuelo,
Se quejarán del cielo
Llamándole cruel!

Cuántos allá en la noche silenciosa
Cuando el feliz reposa
Llorando velarán!
Cuántos en el dolor abandonados,
Sin fé, desesperados
Vivir no querrán ya!

En este mundo, del dolor morada,
El alma esclavizada
Sucumbe sin valor;

Un sólo premio en el tormento alcanza:
 El bien de la esperanza
 De otra mejor mansión.

Venid los que llorais en esta vida,
 Venid, mi alma os convida
 A creer, á llorar,

Mi alma por infortunios devorada
 En el dolor aislada,
 Que sólo sufre más.

En el mundo el dolor nos hace hermanos,
 Corazones humanos
 Que nos una el amor!

El que huye de su hermano que lo implora,
 El que huye del que llora,
 No tiene corazón.

En la pena, en el llanto, en la alegría
 Buscad la compañía,
 Huid la soledad,

Que nos una el amor en este suelo,
 Como el bien, en el cielo,
 Las almas unirá.

LUIS CALDERON.

Acuerdate de mi.

I

La dicha es inconstante y pasajera:
 Quizá mañana mi maldita suerte
 Me quiera condenar á ya no verte
 Y me aparte de tí.

Entónces mientras lloro sin consuelo,
 Porque distante de mi bien me miro,
 Conságrame á lo menos un suspiro
 Y acuérdate de mí!

II.

Después. . . sólo Dios sabe mi destino;
 Tal vez quiera que sufra abandonado
 Sin que pueda volver enamorado
 Mis ojos hácia tí.

Entónces, cuando alguno te viniere
 A referir mi lamentable historia,
 Una lágrima vierte á mi memoria
 Y acuérdate de mí!

III.

Los años pasarán. . . . Tal vez un día
 La mano de la suerte caprichosa
 Te conduzca hasta el borde de mi fosa
 Y te detenga allí.

Entónces, cuando tímidos tus ojos
 Se fijen en mi tumba solitaria;
 Eleva por mi alma una plegaria
 Y acuérdate de mí!

RAFAEL NAJERA.

En un retrato.

(INEDITO.)

Angélica, la fuerza del destino
 Nos obliga á seguir opuesta vía,
 Tú llenando el ambiente de armonía
 Y yo luchando con adverso sino.

El eco de tu canto peregrino
 Hirió las cuerdas de mi lira un día,
 Y desde entónces con amor te envía
 Flores que borden tu triunfal camino.

Tal vez pronto la mar, rugiente y fiera
 Entre los dos airada constituya
 Embravecida y singular barrera.

Esto no hará que mi amistad concluya,
 Y para recordar que es verdadera
 Lleva mi efigie y déjame la tuya.

Marzo, 8 de 1881.

JOSE M. GUTIERREZ ZAMORA.
—
A VICTOR HUGO.

(EN SU MUERTE.)

HOMENAJE.

Como la alondra en cantos de victoria
Saluda al sol con rítmico gorgojo,
Al gigante dormido ya en la gloria
También saludo yo, cantor pigmeo!
Lo saludo y le canto! No le lloro!
Para él los acentos de Tirteo;
Triunfal himno sonoro,
Y nó las funerales elegías
Del sollozante y triste Jeremías!

*
* *

El rayo de la muerte
Que sólo al débil corazón asusta,

Y á todos en iguales nos convierte,
Hirió la frente augusta
Severa y pensadora,
Coronada de canas venerables,
Que ideó "NUESTRA SEÑORA
DE PARÍS," los sublimes "MISERABLES,"
"NAPOLEÓN EL PEQUEÑO," "LOS CASTIGOS,"
Y la "LA HISTORIA DE UN CRIMEN,"
Látigos contra todos los que oprimen,
Libros de luz, benéficos amigos
De los que en dura servidumbre gimen!

*
* *

Y al formidable trueno
Que hundió al coloso en el profuudo seno
De la tumba sombría,
Universal, gigante resonancia
De admiración, de amor y simpatía,
Salvando la distancia
En alas del telégrafo gemía,
Yendo á decir al corazón de Francia
Que en todas las naciones
La estrofa del dolor sólo era una,
Y que izaban de luto sus pendones,
Y cubrían con fúnebres crespones,
La prensa, el arpa, el libro y la tribuna,
Quemando del dolor el puro incienso
En su enlutado altar la democracia,

Y haciendo á Francia un homenaje inmenso
Que ha trocado en victoria su desgracia!

*
* *

París, cerebro y corazón del mundo,
Ha colocado con amor profundo
Bajo su Arco de Triunfo de la Estrella
La urna gloriosa del sublime anciano,
Y el mundo ha visto concentrarse en ella
Toda la esencia del amor humano!

¡La muerte así no es muerte! Luz de vida
Y de vida inmortal baña en fulgores
La tumba bendecida
Que cubre el universo con sus flores,
El cielo con su manto
Bordado de luceros brilladores,
Y la patria francesa con su llanto
Vertido en sus banderas tricolores!

*
* *

Tu fuiste el inspirado
Píndaro heróico de la edad moderna,
Gigante Homero alado
Que por cielos tirtéicos has volado,
Sabiedo herir tambien la lira tierna
Con que canta el poeta enamorado!

*
* *

Vivo aún, presenciaste tu apoteósis,
Tu glorificación anticipada;
Y al último estertor de tu agonía
Cayó Francia de hinojos enlutada;
Ante el POETA-SOL que se ponía
En el ocaso de la tumba helada!

*
* *

Y México, mi patria, que no olvida
Que tronó tu palabra en su defensa,
Cuando manaba sangre de su herida
Y era su cielo oscuridad inmensa,
Tambien, al morir tú, sus pabellones
Con gasas funerarias ha cubierto,
Y han alzado sus bardos sus canciones
Para cantar tu gloria, ilustre muerto!

*
* *

Morir, siendo admirado,
Morir, siendo querido,
Llorarte, como á nadie se ha llorado,
Sentirte, como á nadie se ha sentido,
Cantarte, como á nadie se ha cantado,
Es, poeta, no más, estar dormido
Con un sueño que nadie ha disfrutado!

Morir así es vivir eternamente
Cual viven Shakspeare, Calderon y Homero:

La sombra de esa muerte es un Oriente
 Que ha de alumbrar desde la edad presente
 Hasta el último siglo venidero.

*
 * *

Y el actual, el mas grande de la Historia,
 Que vió el sol de tu génio levantarse
 Hasta el zenit radiante de la gloria,
 Para honrarte, poeta, y para honrarse,
 Siglo de VÍCTOR HUGO ha de llamarse!

México, Junio 6 de 1885.

MANUEL PEREZ SALAZAR.

—
El Campo.
 —

MEDITACION.
 —

Dulce es la tarde y la lijera brisa
 Que alegre juega con las lindas flores
 Es blanda como es blanda la sonrisa
 Del ángel celestial de los amores.

Dulce es también el murmurar pausado
 Del arroyo vecino que á sus solas
 Sus aguas lleva por el verde prado
 Entre nardos y juncos y amapolas.

Cual cándida vestal la blanca luna
 En el azul del cielo se adormece,
 Y rápido cruzando la laguna
 En mil giros un ánade se mece.

Miéntras allá sobre el alzado monte
El águila caudal levanta el vuelo
Y en el dorado y fúlgido horizonte
La noche empieza á desplegar su velo;

Con firme paso trás los tardos bueyes
El pastor se encamina á su cabaña,
Sin desear los palacios de los reyes
Ni temer los estragos de su saña,

Dulce es pasar la trabajosa vida
En medio de los campos; aquí el alma
Que siente de dolor profunda herida,
Bálsamo encuentra y deliciosa calma.

Inútil es buscarla entre el bullicio
De opulentas ciudades estruendosas,
Donde oprimiendo á la virtud el vicio
Ciñe su frente de laurel y rosas.

Quédense allá sus lúbricos placeres
Y sus tristes y pálidos jardines,
Y el brillo seductor de sus mujeres,
En medio los espléndidos festines.

MI LOCURA.

Al pié de aquellas encumbradas lomas,
Donde al aire se mece el alto pino
Y á la márgen de arroyo cristalino
En que beben las cándidas palomas.

Exhalando las flores mil aromas,
Y de la alondra el amoroso trino,
Porque yo mire su esplendor divino
Cuando nace la luz tu frente asomas.

Y avivas ¡oh mujer! la eterna llama
Que abrasa el corazón en fácil fuego,
Tus gracias ostentando y hermosura!

¡Nécio de mí que tu desdén me inflama
Y mi daño mortal no miro ciego,
Y amarte y más amarte es mi locura!

Luis G. Ortiz

EN EL CUMPLEAÑOS DE MI MADRE.

En medio á las borrascas de la vida
 En que lucha el mortal sin esperanza,
 Nada su vista en el futuro alcanza
 Y siempre llora la ilusión perdida.

Solo una luz del cielo desprendida
 Divinos rayos en su noche lanza,
 Y puertos de consuelos y bonanza
 Muestra feliz al alma dolorida.

Es de la madre el celestial anhelo,
 El puro, eterno, sin igual cariño.
 ¡Madre, mi adoración! siempre el consuelo

Me dió tu mano blanca cuál armiño;
 Como la vírgen del radiante cielo
 Al Supremo Hacedor, enantes niño.

Octubre 12 de 1852.

INDICE.

ANTONIO PLAZA.—Biografía.....	5
A una Ramera.....	9
Dios.....	16
Fatalidad.....	21
Hojas sueltas.....	32
25 de Junio.....	36
JOSÉ ROSAS MORENO.—A Leila.....	37
MANUEL ACUÑA.—Entónces y hoy....	39
La Felicidad.....	42
La Vida del Campo.....	44
JUAN DE DIOS VILLALÓN.—Pariso perdi- do.....	56
RAFAEL LÓPEZ DE MENDOZA.—A la inau- guración de la Biblioteca Na- cional.....	59
JUAN A. MATEOS.—La mujer perdida..	65
DIEGO BENCOMO.—Flores del alma....	70
FRANCISCO SOSA.—María.....	75

JOSÉ MONROY.—Aislamiento.....	79
LUIS CALDERÓN.—Acuérdate de mí....	83
RAFAEL NÁJERA.—En un retrato.....	85
JOSÉ M. GUTIERREZ ZAMORA.—A Víctor Hugo.....	86
MANUEL PEREZ SALAZAR.—El Campo..	91
Mi locura.....	93
LUIS G. ORTIZ.—En el cumpleaños de mi madre.....	94
